

CUENTO N° 183

TÍTULO: LETRAS DE ENCUENTRO

SEUDÓNIMO: VINO AÑEJO

AUTOR: HERNÁN OSVALDO NEGRETE SCHNAIDT

LETRAS DE ENCUENTRO

Era poco más de mediodía. La premiación del concurso de cuentos escritos por adultos mayores, recién había terminado. Debido a la pandemia del Covid 19, se trató de un sencillo acto al que habían sido invitados los diez escritores de cada género literario que lograron los máximos puntajes, entre los cuales estaban los seis premiados. Por igual razón, a diferencia de años anteriores, no se realizó el tradicional cóctel al finalizar la ceremonia.

Al salir del recinto, con el diploma recibido como premio en el grado de mención honrosa en las manos, Juan Barros fue abordado por una mujer de mediana edad.

—Señor Barros, lo veo contento. He leído varios de sus cuentos y son de mi gusto. Su premio es muy merecido. Lo felicito.

—Muchas gracias. Es usted muy amable. Es cierto, estoy contento. Llevo más de diez años enviando mis cuentos a los concursos y es la primera vez que soy premiado.

—Este momento de alegría le debe venir muy bien, después del accidente que sufrió su esposa, justo cuando se aprestaban a celebrar las bodas de oro. Debe haber sido terrible, al menos, así se informó por los medios.

—Mi esposa ya está fuera de peligro, se está recuperando muy bien. Disculpe señora, me doy cuenta que usted sabe mucho de mí, pero no la recuerdo. ¿Conoce a mi esposa? Soy muy distraído y frecuentemente, olvido caras y nombres. ¿Cuál es el suyo?

—No es un olvido suyo, señor Barros. Nunca antes hemos hablado. Soy Paula Godoy, periodista y la literatura me fascina. Me gustaría poder conversar con usted, para explicarle como es que conozco algo de su vida. ¿Me acompañaría a almorzar?

—Pero, ¿dónde se ha visto que una dama invite a un varón? De acuerdo. Supongo que se trata de una entrevista, pero yo seré quien invite. Mire, allí al frente está el restaurant del cual soy cliente frecuente. ¡Vamos!

A esa hora el local estaba casi vacío. Ocuparon una mesa cercana al ventanal y el garzón tomó su pedido.

—Don Juan, tengo claro que su verdadero nombre es Ernesto Cisternas y que adoptó un seudónimo para escribir sus historias. También que durante cuarenta años trabajó en actividades muy alejadas de las letras, que es casado, tiene dos hijos y es abuelo de siete nietos. Que, al jubilarse luego de cumplir la edad requerida, se dedicó a tomar cursos de narrativa, junto a otras personas en su misma condición y que hoy día fue galardonado con una mención honrosa que, a mi juicio, debió haber sido algo mejor.

—Es cierto, sin embargo, que sepa lo del premio, no me extraña porque usted, seguramente, estuvo en la ceremonia. Ahora, que esté enterada de todo lo demás, me llama mucho la atención. No soy una persona pública, mi nombre no le dice nada a nadie. El suyo a mí tampoco me suena conocido. ¿De qué se trata esto? Usted dijo que me lo explicaría, y se lo voy a agradecer. La escucho.

—Mi madre también participa en el Círculo de Adulto Mayor en el que usted sigue las clases de narrativa. Ella estaba en un taller de manualidades, pero tuvo acceso a uno de sus libros donado a la biblioteca del lugar. Después de leerlo, se interesó por aprender ese arte. Hoy está en el nivel básico del taller y ha escrito algunos cuentos.

—¡Oh, eso sí es gratificante! De acuerdo, si leyó ese libro, es claro que conoce mi biografía que aparece en una de las primeras páginas, pero eso no explica que sepa mi verdadero nombre, ya que está firmada con el seudónimo.

—Bueno, mi madre, bien impresionada por sus textos, consiguió información de su identidad con la bibliotecaria y con la secretaria del Círculo.

—Así y todo, comprendería ese interés si yo fuera un escritor consagrado, famoso. Pero, me parece inusitado que ocurra algo parecido, por este aficionado que escribe solo por mantenerse activo mentalmente y que, recién esta vez, ha logrado un reconocimiento. ¿Tiene alguna foto de su mamá que pueda mostrarme?

Mientras el mozo ponía sobre la mesa las preparaciones pedidas, la periodista digitó en su celular y lo entregó al escritor. Este, después de observar la imagen por unos segundos, lo devolvió diciendo

—Sí, creo haberla visto en el Círculo. Pero nunca hemos conversado. Sirvámonos, mientras seguimos conversando, que no se enfríe la comida. ¿Cómo se llama ella?

—Mi mamá es Andrea Jiménez, yo soy Paula Godoy Jiménez.

El escritor, a esa altura de la conversación, ya identificado como Ernesto Cisternas, detuvo el avance del tenedor a su boca, lo devolvió al plato, apoyó las manos al borde de la mesa y acercando al máximo su pecho a la cubierta, exclamó marcando las palabras

—¿Andrea Jiménez? ¿Es usted hija de Andrea Jiménez Beltrán?

—Sí, señor. Ella es mi madre.

Ernesto, volvió a adoptar la posición normal en la silla, mientras la dama lo miraba atentamente. Por unos segundos, bajó la vista, enarcó las cejas y moviendo la cabeza como queriendo aclarar sus pensamientos, retomó la palabra con voz baja y pausada.

—Fuimos pololos durante más de tres años y estábamos por casarnos, cuando sin motivo conocido, rompió el compromiso. Yo estaba muy enamorado y eso me produjo un enorme bajón. Pensaba que cualquier persona que sonreía en mi presencia o estaba ubicada en mi entorno, se burlaba de mi desgracia. Hasta el simple saludo “¿cómo estás?” lo sentía como un trato compasivo. Queriendo olvidarla, me fui a vivir al extremo sur. Estando allá, supe que se había casado. ¡Eso fue mi liberación! Ahora, no la reconocí en la foto que me acaba de mostrar. Creo que ha cambiado algo, tal vez su corte o color de pelo o el uso de esos lentes

ópticos, hacen que me parezca diferente. Ha pasado más de medio siglo. No le guardo rencor. Pronto conocí a la que tiempo después fue mi esposa, la que aún me acompaña y espero lo siga haciendo por mucho tiempo. He sido muy feliz con mi mujer y, desde hace muchos años vengo pensando que la mano de Dios actuó en mi favor. ¿Andrea, su madre, ha sido feliz? ¿Fue bueno su matrimonio?

—En gran medida sí, don Ernesto. Toda la familia tuvimos siempre un buen pasar. Por su trabajo, mi papá viajaba mucho. Sus ausencias, sin ser prolongadas, eran frecuentes. La mamá permaneció en casa, cuidando de nosotros, mis dos hermanos y yo. Pero cuando ya estábamos más grandes, trabajó en su profesión hasta que se pensionó. No lo hizo por una necesidad de recursos, sino por sentirse realizada en lo que había estudiado. Hace pocos años, mi padre, a su avanzada edad, encontró más placentera la compañía de la joven asistente que, normalmente, le acompañaba en sus viajes y terminó por irse de la casa. Nunca escuché a mi madre quejarse de su situación.

—Dígame, señora Paula, ¿alguna vez usted escuchó hablar de mí?

—Sí. Fue cuando la mamá nos comunicó que mi padre abandonaba el hogar. Con mis dos hermanos, menores que yo, no podíamos creerlo. A pesar de que los tres, ya teníamos nuestras propias familias, sentimos ese golpe. La mamá, resignada, nos dijo que el motivo del papá para abandonarla, fue el disfrute novedoso de un cuerpo más joven y mejor dispuesto a sus requerimientos. En esa oportunidad, nos contó del largo pololeo con usted y de las razones que tuvo para interrumpir el noviazgo.

—Yo nunca supe esos motivos. De pronto ya no quiso volver a verme ni dirigirme la palabra. Cuando pregunté por ella en su casa, me entregaron una nota suya en la que me decía que debía hacer cuenta de que nunca existió algo entre nosotros, ni siquiera amistad. ¿Cuáles fueron esas razones?

—¿Usted, don Ernesto, recuerda a Mercedes, la amiga de mi mamá?

—¿La Meche? Claro que la recuerdo. Eran inseparables. Me resultaba difícil estar solos con Andrea, porque luego aparecía la Meche y nos interrumpía el pololeo.

—Ella fue la causante de la cancelación de los planes matrimoniales. Una tarde, llorando, le confidenció a mi mamá que usted la había forzado a tener relaciones sexuales. La argumentación y la actitud de Mercedes, hizo que mi mamá diera por cierto lo dicho.

—¡Eso es una mentira, una falacia! ¡Nunca ocurrió! ¡Jamás se me pasó por la mente una cosa así! ¡Su presencia siempre me pareció molesta! ¿Todavía su mamá cree eso?

—No. Al poco tiempo, después de muchas contradicciones, supo que su amiga le había mentado, ella reconoció su infamia y se acabó la amistad entre ambas. Mi mamá intentó por todos los medios, ubicarle a usted. Pero sus esfuerzos fueron vanos.

—Usted, Paula, me deja perplejo. No obstante su relato, no alcanzo a entender por completo sus motivos para acercarse a felicitar me y a sostener esta conversación, cuyo contenido solo puede darme material para escribir un nuevo cuento. Usted, de seguro comprende que, a estas alturas de la vida, ya no hay nada que hacer entre Andrea y yo. Nuestra relación duró tres años, hoy es el recuerdo de un gran amor con un triste final y nada más. Durante los siguientes cincuenta años, ambos hicimos un camino distinto, divergente. Hoy somos prácticamente extraños.

—Tal vez no todo lo que estamos conversando sea paja molida, don Ernesto. Algo que aún no he citado, creo que lo motivará a modificar la biografía, que incluya en el próximo libro que edite.

—¿A qué se refiere?

—A que usted tuvo tres hijos en lugar de dos y ahora es abuelo de nueve jóvenes en vez de siete. Yo soy hija suya, nacida de Andrea, meses después que mi madre cortó relaciones con usted.

—¿Qué dice usted? ¿De dónde saca eso?

—Por favor, tenga calma y escuche lo que tengo que contarle. Cuando mi mamá se casó, yo tenía dos años. Su marido, Javier Godoy, me reconoció como propia y por eso llevo su apellido. Esto lo supe recién en la conversación que tuvimos con nuestra madre después de su separación. Eso me motivó a este encuentro. No busco otra cosa que transmitir una verdad. Yo seguiré llevando mis apellidos, pero mi corazón está gozoso de saber que mi verdadero progenitor es un hombre de bien, un hombre correcto del cual estoy orgullosa de llevar sus genes. Un ser al que, en justicia, puedo llamar padre y que ahora está frente a mí.

Ernesto por un instante, miró fijamente a Paula, luego bajó la vista hacia un punto impreciso y permaneció de ese modo quieto y silencioso. Ella esperaba una respuesta a sus palabras, pero al no recibirlas tras unos segundos de silencio exclamó

—¡Ay, Señor! ¿Qué le pasa don Ernesto?

—Estoy bien, gracias. Bien de salud. Gracias a Dios no soy hipertenso, pero sí que estoy impactado. Dos veces tuvimos relaciones con su madre. Los dos quisimos hacerlo. Eso fue muy poco antes de que ella rompiera el compromiso. Muchas veces me culpé por no haber resistido los deseos hasta después del matrimonio. ¡Hija bendita, su revelación me produce emociones contradictorias! Me alivia enterarme que su madre supiera que el demonio se metió entre nosotros y que llegara a descubrir que se trató de una calumnia. Me hace feliz saber que ese gran amor dio tan buen fruto, pero me apena mucho pensar que Andrea debió enfrentar sola el embarazo y su crianza. ¡En adelante mi vida ya no será la misma!

////////////////////////////////////